

José Ingenieros y Eva Rutenberg: Cartas de amor para una historia intelectual

Laura Fernández Cordero*

Es el propio Aristófanes quien nos da la alegría de saber que era calvo, y si la nariz chata de Sócrates no hubiera servido a comparaciones literarias, si su costumbre de caminar descalzo no hubiera formado parte de su sistema filosófico de desprecio por el cuerpo, sólo habríamos conservado de él sus interrogatorios morales.

Marcel Schwob, **Vidas Imaginarias**

Tengo en mis manos la carta que una enamorada envió a José Ingenieros hacia 1920. Es una de las no pocas sorpresas que procuró la llegada del Fondo Ingenieros al CeDInCI.¹ Ahora, ¿qué hacer con este tipo de cartas, personales, familiares, íntimas? Inclinación proverbial del bello sexo, diría Ingenieros, es posible que me tiene una lectura simplemente chismosa, atenta a la serie que contiene la carta: más misivas de ella y, en dramático paralelismo, el intercambio entre Ingenieros y Eva Rutenberg, su esposa.

Pero no, un espíritu femenino templado en las lides académicas sabe que existen otros abordajes posibles. Por ejemplo, afirmar que allí, en la privacidad de esas cartas sobre un amor (o varios) existen claves para reinterpretar el lugar de la mujer en los años veinte y su importancia como figura de la historia intelectual; protagonismo que habría sido invisibilizado por la historiografía androcéntrica y que, bajo el dictado de la historia de las mujeres, se debería rescatar para completar la historia. Otra lectura posible indicaría que en la intimidad del mundo amoroso de Ingenieros, habría una verdad subjetiva y personal que espera ser contrastada con las argumentaciones públicas de sus escritos sobre el amor. O, incluso con mayor rédito económico, sería posible fundir esas cartas en una novela histórica que convirtiera a Sara, la amante, y a Eva, la esposa, en sendas heroínas del Ingenieros donjuán.

Aunque parezcan diferentes, estas tres lecturas —el rescate de las mujeres, la búsqueda de la verdad íntima y la historiografía del romance novelado— guardan una lógica similar. Salvo contadísimas excepciones, en ellas persiste un enfoque según el cual el amor, la intimidad, la sexualidad y los sentimientos más que pertenecer a los departamentos de la historiografía y las ciencias sociales, revisiten en la orden de lo accesorio. Dimensiones fácilmente soslayables que, en tanto anécdota y ornamento, nada tienen que hacer frente a la contundencia evidente de temas como, para el caso de Ingenieros, el positivismo o el antiimperialismo.

Esta ponencia propone repensar esa lógica. En ese sentido, las cartas familiares, sentimentales y amorosas del Fondo Ingenieros nos

desafían a reflexionar sobre los aspectos de la subjetividad relacionados con la afectividad, la sexualidad y la vida familiar, y su vinculación con el recorrido productivo y vital de un intelectual.

El tema del amor, un clásico de Ingenieros.

La cuestión del amor, la relación de los sexos y su articulación con el cambio social fueron problemáticas de constante interés para Ingenieros. Sus escritos sobre el amor y la sexualidad componen una colección de ejercicios de psicología, ensayos científicos, críticas literarias y consideraciones sociológicas que da cuenta de una extendida reflexión sobre el amor y sus temas aledaños. Es decir, la sexualidad, los celos, la cotidianidad, la traición, el abandono, la procreación, las formas de familia, etc. Su interés por esas facetas del lazo social comenzó a expresarse en sus artículos de juventud publicados en **EL Mercurio de América**, continuó en sendas reflexiones durante su primer viaje a Europa, se sistematizó durante el curso de Psicología de los sentimientos que dictó en la Facultad de Filosofía y Letras hacia el Centenario, tomó un cariz popular con las ediciones de **La Novela Semanal** (1917-1918) y culminó con varias intervenciones en la **Revista de Filosofía** desde 1918 y hasta pocos meses antes de su muerte, en 1925. Sobre su escritorio quedaron algunos de esos textos preparados para integrar un nuevo libro que, finalmente, fue compilado y publicado póstumamente como el célebre **Tratado del amor**.

Con mucho acierto Oscar Terán y Hugo Vezzetti, señalaron el matiz libertario de los primeros escritos sobre el amor. Especialmente aquellos artículos de **EL Mercurio de América** en los que destiló lo más cercano a la crítica social-anarquizante (dice Terán)² o a la ética social libertaria (dice Vezzetti)³. Efectivamente los contactos entre Ingenieros y los anarquistas que agitaban algunas ciudades argentinas a fines del siglo XIX y principios del XX fueron intensos. El periódico que redactó con Leopoldo

* UBA-CeDInCI-CONICET

¹ Debo a Horacio Tarcus no ya la invitación sino la orden de revisar estas cartas; y agradezco a Alba Lombardi y a Eugenia Sik su ayuda para encontrarlas.

² Oscar Terán, **José Ingenieros. Pensar la nación**, Buenos Aires, Alianza, 1986, p.26.

³ Hugo Vezzetti, "Los ensayos sobre el amor en los primeros escritos de José Ingenieros", **Primer Anuario de Investigaciones**, Facultad de Psicología, UBA, n° 1, 1989, p. 218. Le agradezco al autor el generoso envío de su artículo [Se reproduce en este mismo dossier. Ed.].

Lugones —**La Montaña**— era parte del mismo campo de la propaganda social y se batía a duelo polémico con la mayoría de las publicaciones anarquistas. Pululaban también en los mismos locales, salas que ofrecían conferencias encendidas y controversias feroces con las que socialistas y anarquistas intentaban iluminar las conciencias. En esos años el joven Ingenieros mantuvo una proximidad tensa con el movimiento anarquista y las críticas que les disparaba eran devueltas por ellos con generosa dedicación: “edecán de Roca”, “Pepillo, socialata”, docto archi-adormidera”.⁴ Sin embargo, en cuestiones del amor, Ingenieros fue un cultor sofisticado de lo más innovador de la cruzada anarquista. En su **Vida ejemplar...** Sergio Bagú afirma que en estos temas el autor era “un adelantado”.⁵ No le falta razón, ya que de manera medida en la literatura, con escasa presencia entre las incipientes feministas, y rodeada todavía de tecnicismos en la medicina, en aquel momento la sexualidad sólo era tema abierto y desembozado entre los anarquistas.⁶

Coincidían los libertarios en una crítica radical al matrimonio burgués y en la necesidad de refundar las formas del amor y la familia según sus principios revolucionarios. Las variantes que podían asumir las relaciones entre los sexos eran parte de una disputa que no sólo tomaba a la prensa como campo de batalla, sino que llegaban hasta la intimidad y el hogar, revolucionando aquello que otras vertientes políticas siguieron considerando privado. Adelantando en décadas al feminismo que incendió corpiños, celebró la píldora y convivió con las nuevas variantes de amor libre que trajo la denominada “revolución sexual”, los anarquistas locales ofrecían a fines del siglo XIX conferencias sobre las relaciones sexuales y desnudaban en sus debates la paradójica condición política de la intimidad. Sin embargo, como en otras tantas cuestiones centrales para el movimiento, el “amor libre” no alcanzará nunca una versión oficializada o, siquiera, consensuada. En un extremo, los anarquistas más moderados proponían la “unión libre”, es decir, relaciones amorosas sin otra justificación que los sentimientos y la voluntad de la pareja (heterosexual). En el otro extremo, los polemistas más radicalizados denunciaban la tibieza con que el movimiento asumía la revolución amorosa, e imaginaban amores verdaderamente libres o libérrimos, es decir, superpuestos, múltiples, variables (aunque, otra vez, heterosexuales). Esta es la vertiente a la que hace honor Ingenieros: el costado más atrevido del amor libertario. Pronto lo traducirá en un problema de psicología afectiva y lo incluirá en una encuesta internacional, a cargo del Dr. Gambarotta, que pregunta por la emancipación de la mujer.⁷ Probándose el sayo del cientista social, un todavía muy joven Ingenieros, polemiza con el intelectual italiano y defiende su tesis sobre la afectividad múltiple. En esos textos publicados en **El Mercurio de América** afirma que la eman-

cipación de la mujer y el “derecho de amar” son elementos centrales de la revolución social y política a la que está condenado (con más prisa o con más pausa) el sistema capitalista. Es lo que una Clara Zetkin o una Alejandra Kollantai intentaban hacer recordar a su partido, un par de décadas más tarde, invocando a los mismísimos Marx y Engels. Y es el corazón del anuncio libertario: la emancipación social no está hecha sin la emancipación completa de la sexualidad para ambos sexos.⁸ Claro que no coincidirían en los tiempos, la mayoría de los anarquistas que opinaban sobre el tema en la prensa bregaban por una transformación urgente, que bien podría comenzar en ese mismo momento si los amantes se disponían a romper el molde de las costumbres. Ingenieros, en cambio, ya proponía tiempos largos, miles de años de evolución que terminarían por decretar la muerte de la monogamia y el surgimiento de nuevas formas de familia y de amor.

Vezzetti advierte con razón que los devaneos de la pluralidad afectiva y las relaciones múltiples será un destello que Ingenieros pierde tempranamente. Sus escritos siguientes continúan explorando los avatares del enamoramiento, pero al llegar al célebre tratado póstumo, el amor se juega de a dos. Sin embargo, nunca abandonó la preocupación por la tensión entre el amor-pasión, y las tiranías de la sociedad, especialmente, en su aspecto doméstico. Así lo demuestran sus últimos textos publicados en la **Revista de Filosofía**, algunas de cuyas tesis pueden resumirse en una contundente declaración:

Cuando el matrimonio llega a la actual monogamia exclusiva y perpetua, la gravedad de los deberes es tan grande que constituyen una esclavitud de los cónyuges, es concebible que ningún individuo se casara por más enamorado que estuviese, ante el precio que la sociedad pone a la satisfacción de su amor. El sacrificio a la domesticidad es total.⁹

Por ese motivo, Ingenieros considera que “amar es rebelarse a la tiranía social que ha subordinado el amor a la domesticidad.”¹⁰ Su fama de Don Juan —ese personaje clave en la reflexión erótica— lo acompañó toda la vida y ha sido alimentada con numerosas anécdotas. Se había casado recién a los 37 años y al momento de escribir sus últimas reflexiones sobre el amor llevaba once años de matrimonio con Eva Rutenberg. No es ajeno, entonces, a esta problemática de índole psicológica, sociológica e histórica sobre la que descarga todo el aplomo de la ciencia, pero también, sobre la que abre una serie de preguntas que especulan acerca del futuro de las relaciones amorosas. En la misma línea, sus cartas demuestran que no renunció a reflexionar y a reinventar estrategias de resistencia a la tiranía doméstica, sobre todo cuando el sacrificio ponía en peligro su proyecto intelectual.

⁴ Terán, *op.cit.*, p.21.n13. **La Protesta Humana**, n° 119, 20 abril de 1901.

⁵ Sergio Bagú, **Vida ejemplar de José Ingenieros**, Buenos Aires, Claridad, 1936.

⁶ Dora Barrancos, **Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo**, Buenos Aires, Contrapunto, 1990.

⁷ Cfr, “Una cuestión palpitante. Variaciones sobre feminismo en el entresiglo argentino (1897-1901)”, **Políticas de la Memoria**, n° 10/11/12, Anuario de información e investigación del CeDInCI, 2011, pp. 67-95.

⁸ Laura Fernández Cordero, “Subjetividad, sexualidad y emancipación. Anarquistas en Argentina (1895-1925)”, Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2011.

⁹ José Ingenieros, “El renacimiento del amor”, **Revista de Filosofía**, n° 2, marzo 1925, p. 170, n. 6.

¹⁰ José Ingenieros, “La inmoralidad social del amor”, **Revista de Filosofía**, n° 1, enero 1925, p. 12 n. 5.

Epistolario del amor y la vida familiar.

El Fondo Ingenieros presentado por el CeDInCI tiene entre sus principales virtudes la de ofrecer un profuso conjunto de cartas que Ingenieros escribió y recibió a lo largo de su vida. Según informa Horacio Tarcus en el catálogo, fue Delia Ingenieros la primera interesada en resguardar esas cartas.¹¹ Se había propuesto publicar la correspondencia de su padre y, con ese objetivo, aunque no llegó a concretarlo, a mediados de los años cincuenta reunió y transcribió con su máquina de escribir gran cantidad de misivas. A ella le debemos la posibilidad de asistir al diálogo epistolar de sus padres durante dos momentos muy particulares: el noviazgo y los últimos meses de la relación y de la vida de Ingenieros. Siguiendo el consejo del propio Ingenieros, hacia 1911 Eva Rutenberg se encontraba en Lausanne, Suiza, buscando recuperar su salud. Desde allí le escribía párrafos cariñosos y se lamentaba por extrañar tanto a su novio, todavía en Buenos Aires. Él respondía con igual entusiasmo aunque con una prosa más ocurrente y florida. Incluso, en medio de uno de los párrafos más exaltados, recuerda sus ensayos científicos y literarios sobre el sentimiento que ahora lo embarga:

[principios de 1911] Estoy un colegial. [...] ¿Y yo soy el que escribí un artículo sobre la enfermedad de amar? Si mis lectores pudiesen leer esta carta... y si pudiesen leerme dentro del corazón...

Los novios formalizarían la relación durante el célebre viaje que Ingenieros se impone tras su traspie con la universidad. Mientras él recorría varias ciudades de Europa, ella insistía con los planes de boda y le rogaba al ocupado Pepe “una luna de miel de 1 mes, de 15 días, de 8...”¹² Una vez casados e instalados en Buenos Aires, él no volverá a hacer un viaje al exterior en soledad hasta 1925. No se han conservado, al menos en este Fondo, cartas entre ellos en la década que lleva el matrimonio hasta este nuevo viaje. Sí existen —y podemos leer la traducción de Delia— cartas que Ingenieros intercambia con Salvatore y Mariana, sus padres, quienes vivían en ese momento en Italia. En ellas se perciben ciertos desentendidos familiares. Incluso, Ingenieros opta por no abrir las cartas que ellos envían, aunque sí continúa escribiéndoles con noticias de su vida y de la política del país. Es Delia quien abre por primera vez esos sobres —según consigna prolijamente en lápiz— y nos completa el cuadro de la dinámica familiar. De manera recurrente Ingenieros envía dinero a sus padres y se queja por sus problemas económicos, un tema que parece constantemente irresuelto. A eso se agrega que, entre 1918 y 1919, las circunstancias políticas y su intervención directa en los conflictos de ese momento, lo obligan a permanentes mudanzas en las que, por seguridad, lleva a su mujer y sus hijos de una casa a otra.

¹¹ Horacio Tarcus, “Para una bio-bibliografía de José Ingenieros”, *Guía y Catálogo del Fondo de archivo de José Ingenieros*. Delia consigna que su padre había comenzado a compilarlas en vistas a la escritura de sus memorias. Delia Kamia, *Antología: Su pensamiento en sus mejores páginas, José Ingenieros*, Buenos Aires, Losada, 1961.

¹² Lausanne, 19 de noviembre de 1914.

Unos años después su situación personal parece más calma y es cuando emprende el que sería su último viaje, invitado a Francia en ocasión de la conmemoración del centenario del nacimiento de Charcot. Su primer destino es París y desde allí escribe cartas cariñosas y nostálgicas. La separación parece haber sido oportuna. Casi simultáneamente y sin leerse aún, él escribe: “mi viaje habría sido ideal con ustedes. Con todo creo que me hará mucho bien, pues me encontraba moralmente fatigado.”¹³ Y ella completa el cuadro:

Buenos Aires, 9 de mayo de 1925. Querido Pepe, han cesado de hostilizarnos las circunstancias y una sensación de alivio me domina. Ojalá este viaje te sirva para divertirte, distraerte y renovarte. Cuánto lo habíamos deseado los dos! Aprovechalo!

En las siguientes cartas él repasa casi diariamente sus actividades y sus sentimientos, pero pronto comienza a molestarse porque no ha recibido la respuesta que esperaba.

París, 4 de junio de 1925. Eva querida: Anteayer recibí tu primera carta y las tarjetas de los chicos. Tuve mucho gusto y emoción, aunque tu carta me pareció fría, o triste, no sé. Por contraste me di cuenta de todas las macanas que te he escrito, dejándome llevar por el corazón y olvidándome hasta de mi edad. Pero tené Paciencia [...], querida Eva; después de once años de ser tu marido yo te amo todavía como si fueras mi novia y tuvieses veinte años.

París, 14 de junio de 1925. Mi querida Eva: [...] Estoy todavía con tu primera y única carta. [...] Vivo pensando en ti y los chicos, con la exageración que me es habitual. Pero reconozco que, a pesar de mi nostalgia familiar, este viaje me ha hecho un gran bien intelectual y moral.

Este último comentario revela la clave del intercambio. Ingenieros va a aprovechar la distancia y el alejamiento de las obligaciones de la vida cotidiana para repensar, precisamente, la forma que ha tomado la vida familiar luego de un década y cuatro hijos (Delia, Amalia, Julio y Cecilia).

París, 15 de julio de 1925. Eva querida [...] Tuve la dicha de encontrar aquí tu carta de junio 13 y tu tarjeta de junio 22 que llegaron juntas. [...] Antes de salir te escribiré largamente, por todo lo que se relaciona con nuestro porvenir doméstico. Desde que salí de ésa he pensado constantemente en ello, anhelando conciliar mis deberes para con nuestra familia y mis deberes para conmigo mismo. Espero que te resultará agradable. Muchos besos. Tu Pepe.

Es evidente que el tema estaba tácitamente instalado entre los cónyuges ya que semanas antes era ella quien escribía:

Buenos Aires, 22 de junio de 1925. Dulcísimo Pepe: Tus buenas y cariñosas cartas de París tienen la virtud de suprimir la dis-

¹³ A bordo del vapor, 4 de mayo de 1925.

tancia y son para mí como una conversación al oído, como una promesa, una esperanza... Al escribirte siempre me empeño en que sea el cerebro quien me dicte; que si el corazón lo hiciera, diría a veces lo contrario de lo que te digo. [...] Y tiene esta gira a solas, sin familia, un valor especial para ti; 1ro. retrospectivo [sic] y 2do. te permite establecer con independencia un plan para el porvenir. Te quiero sin interés y sin egoísmo, te adoro porque sí y porque lo mereces. Te deseo mucha, mucha suerte y al despedirme te confieso que en este momento es mi mayor anhelo volverte a ver. Eva.

Como puede observarse en ésta y en otras cartas, el intercambio entre los esposos es muy cariñoso y, por momentos, recupera el tono apasionado de las cartas del noviazgo. Lo que está en cuestión no es, según parece, el sentimiento que los une sino la cotidianidad que comparten y, en relación a eso, el impacto que tiene sobre el desarrollo personal e intelectual de Ingenieros, quien se revela como el protagonista de la relación.

Buenos Aires, 23 de julio de 1925. Pepe bueno [...] Al acompañarte con el pensamiento en toda tu interesante jira tengo el gran gusto de ser, aunque de lejos, compañera de tus alegrías [sic]. Y al hacer frente aquí a pequeños e inevitables trastornos de la vida familiar y doméstica, me alegro a veces de que tú no estés aquí para no convertirte en compañero mío de pequeñas molestias; que se sobrellevan mejor, cuando nos animan los éxitos y el bienestar tan merecidos de aquel cuya felicidad tal vez se nos haya hecho más necesaria que la propia. [...] Tuya afma. Eva.

En los fragmentos precedentes resuena la problemática que Ingenieros analizaba desde sus primeros escritos juveniles y hasta los últimos ensayos. Por un lado, la confrontación entre el amor-pasión y la domesticidad; por otro, el impacto de la tiranía doméstica sobre el proyecto personal, en este caso, intelectual.

Vida familiar, sentimental, intelectual

Con epicentro en el ensayo “Un cuarto propio” de Virginia Woolf existen innumerables reflexiones sobre el modo en que una mujer intelectual logra resolver su situación doméstica para acceder a esa otra dimensión de su recorrido vital. A fines de los años veinte, el gesto de Woolf fue productivamente revulsivo, la convocaron a hablar sobre “la mujer y la novela” y ella se despachó con un ensayo mordaz sobre las condiciones de producción necesarias y negadas a la mayoría de las mujeres. Simple y rotundamente: un cuarto propio. Entre otras cosas, una vida doméstica que no imposibilitara la tarea intelectual. Así, es común que conozcamos con detalle las condiciones de producción de la tarea intelectual femenina, ya sea la típica reclusión en un convento, una viudez por la que inesperadamente acceden a una situación holgada, el papel de madres solteras y abnegadas, etc. Sin embargo, ese tipo de reflexión carece de centralidad (cuando no permanece ausente) en los estudios sobre la vida intelectual de un varón vernáculo. La cantidad de hijos suele ser un ítem al pasar y los

avatares de sus relaciones afectivas, notas de color cuya disposición depende del humor del biógrafo. O, si forman parte de los panegíricos, es para agregar a sus insignes vidas públicas un intachable papel como padre y esposo. “Dentro del hogar, dice Francisco de Veyga, como hijo, primero, como esposo y padre, después, [Ingenieros] fue de una conducta ejemplar”.¹⁴ Incluso si el personaje era un amante célebre entre las mujeres es probable que conociéramos ese dato que reforzaría su hombría, pero si era homosexual esa información será escasamente articulada con su recorrido intelectual; salvo entre quienes abordan específicamente esas cuestiones. Así, frente al despliegue analítico de las condiciones de producción políticas, académicas, editoriales o institucionales —que han ganado merecido espacio en las historias intelectuales de los últimos años— persiste una zona invisibilizada en la vida de un intelectual varón: las condiciones materiales de producción ligadas a la organización de la vida doméstica. Me dirán con razón que no es una zona fácil de explorar, ya que la misma lógica invisibilizadora actúa en las políticas de archivo, o incluso antes, en las propias familias, separando o desconociendo fuentes privadas o alejadas de las peripecias públicas. Precisamente es esa la oportunidad que nos brinda el Fondo recientemente presentado. Sin embargo, antes de adentrarnos allí, es necesario reparar en que el mismo Ingenieros incluye esa dimensión cuando los redactores de **Mundo Estudiantil** se proponen conocer “cómo trabajan nuestros hombres de estudio”.¹⁵

Personas conozco que dicen admirar mi talento; las más de ellas podrían hacer lo que yo hago, con sólo poseer mi prodigiosa salud física y mental, y mis hábitos de trabajo, nunca interrumpidos de veinte años a esta parte. En suma, tengo una buena máquina lubricada por lecturas incansables y que trabaja siempre, con regularidad [...] Si esta “máquina” aguanta diez o quince años más, podré cumplir un programa que ya me he trazado.¹⁶

Se trata de una pieza muy citada en la que es el mismo autor quien dispone su autorretrato intelectual incorporando una breve escena familiar.

Me ayuda a crearlo la completa felicidad que me rodea en el hogar, donde mi distracción más agradable consiste, actualmente, en ayudar a mi esposa a cambiarle los pañales a nuestra nena; pongo en ello tanto interés como en leer a Aristóteles y Kant. Ese trabajito lo hago bastante bien, aunque sólo de tarde y a ratos perdidos, cuando mi clientela me deja un momento libre.¹⁷

Esa información cobra nuevo sentido tras la lectura del intercambio epistolar entre Ingenieros y su esposa, ya que prueba que

¹⁴ Francisco de Veyga, Prólogo a **Vida ejemplar de José Ingenieros** de Sergio Bagú, *op.cit.*

¹⁵ **Mundo Estudiantil**, revista quincenal ilustrada, n° 1, Buenos Aires, 7 de agosto de 1915. Reproducido en **Nosotros**, Buenos Aires, n° 199, dic, 1925. Citado en Delia Kamia, *op.cit.* p. 17.

¹⁶ *Ídem.*

¹⁷ Citado en Sergio Bagú, *op.cit.*, p. 163. Aníbal Ponce también lo cita, pero omite sin ninguna indicación ese párrafo. **José Ingenieros: Su vida y su obra**, Buenos Aires, Axioma, 1977, p. 69.

la articulación vida doméstica-tarea intelectual constituía un tema de particular preocupación para Ingenieros.

En su última carta, antes de partir de París hacia México, Ingenieros se dedica especialmente a esta cuestión que considera crucial, y que adquiere cierto dramatismo cuando sabemos que escribía tres meses antes de morir:

París, 19 de julio de 1925. Eva querida: [...] Suspendo este preámbulo involuntario; mi objeto, hoy, después de haberlo meditado ochenta días es hablarte de esa realidad con el deseo de facilitar nuestra tranquilidad futura, dentro de la situación de hecho creada el día en que el amor nos indujo a formar un hogar, sin medir bien los deberes y las responsabilidades que ello implicaría para el porvenir. Hoy comprendo que después de haber querido ser tu amante durante quince años, es necesario que, además, me pregunte si debo ser tu marido, por mí, por ti, por nuestros hijos. Para este nuevo rol, que hasta ahora no he desempeñado, considero indispensable hablarte en un lenguaje que no es el de los novios ni el de los amantes.

Siguen largos párrafos en los que describe la situación económica que los aqueja: una “holgada pobreza” debido a que las rentas familiares de ella no alcanzan y el dinero que proviene de la actividad profesional de él es insuficiente. Ingenieros se dice agobiado por la situación económica del hogar y, al mismo tiempo, se encuentra llamado por un deber hacia su proyecto intelectual que ya no querrá postergar.

Considero una abdicación seguir viviendo con deberes económicos que me impiden consagrarme a mi obra, única finalidad para un hombre que ha apartado las demás de su camino. Yo no deseo, no puedo, no me interesa trabajar más de lo que ya he trabajado hasta ahora, para aumentar mis entradas; el tiempo que me queda es poco y no puedo cambiarlo por dinero. En resumen, querida Eva, me declaro en quiebra como padre de familia.

Para llegar a una solución, le propone ocuparse de administrar los bienes de ella de un modo más efectivo. Las rentas de la familia Rutenberg coadyuvaban al sostenimiento del hogar de una manera que pesaba en el orgullo de Ingenieros como padre de familia pero, además, resultaban insuficientes tal como eran administradas. La alternativa que planea si ella no aceptara esa solución, sería vivir “en rancho aparte”.

Yo tendré mi Escuela donde tú y los chicos podrán hacerme feliz viniendo a ser mis visitas predilectas; tú tendrías tu casa, donde yo seguiré cultivando el amor que decidió el destino de mi vida. Pero un estrecho hogar común para el que yo deba seguir trabajando al día, o un pobre hogar tuyo en que yo sea un parásito de tus rentas exiguas, son dos cosas que no me interesan ni podría soportar, y mi infelicidad conspiraría constantemente contra tu dicha.

Sin embargo, fiel a sus argumentos sobre la naturaleza libérrima del amor le aclara: “Yo no pretendo que estés obligada a amar-

me por contrato, o a soportarme por subordinación.” De hecho, no es el sentimiento lo que considera en juego (en cualquiera de las dos opciones le ofrece continuar con la relación amorosa), sino la tensión entre su vida intelectual y su vida familiar y, en ella, sus deberes como padre.

Si te basta quererme como amante, podemos continuar viviendo nuestro idilio sentimental, viviendo en rancho aparte; si además me crees conveniente como padre de familia, será necesario movilizar los medios adecuados para que yo represente dignamente ese rol social. En cualquiera de los dos casos seremos más felices, o menos infelices, que hasta ahora.

Finalmente, e intentando librarla de una escritura o una conversación espinosa, le indica que a través de un telegrama responda simplemente con dos palabras: “considero eficaz” o “considero ilusorio”. La carpeta que guarda las cartas termina con un formulario de telegrama en el que, cual protomensaje de texto, ella arriesga un esperanzado “considero eficaz”. El resto es historia conocida, Ingenieros regresa y, apenas un mes y medio después, muere cumpliendo su deseo declarado de no vivir la vejez. Es a la vista de aquella última negociación amorosa que se resignifica la dedicatoria que había elegido para su **Tratado del amor**:

A Eva Rutenberg la esposa elegida por mi corazón —toda inteligencia y toda bondad— para compartir mi sacrificio de constituir un hogar modelo.
Dante Inf. II, 72 “Amor mi mosse che mi fa parlare”

Esas cosas de género

Retomo la cuestión esbozada antes de perdernos en las cartas. Los cuartos propios de los intelectuales varones no parecen tan naturalmente dados. Para hacerse de ellos han usufructuado condiciones sociales específicas y han hecho, como las mujeres, numerosos arreglos económicos, institucionales y, también, amorosos y domésticos. Así lo demuestran las cartas de Ingenieros, aunque recuperar esa dimensión no debería depender solamente de un providencial hallazgo de archivo. En ese sentido, la historiadora Joan Scott ha señalado con lucidez que

obviamente no es la falta de información sobre la mujer, sino la idea de que tal información no tenía nada que ver con los intereses de la “historia” lo que condujo a la “invisibilidad” de las mujeres en los relatos del pasado.¹⁸

Llevar esa idea a una suerte de “historia de los hombres intelectuales” nos permitiría repensar las causas de la invisibilización y, al mismo tiempo, la lógica a la que hacía referencia en el inicio de esta ponencia, es decir, la recurrente condición anecdótica o acce-

¹⁸ Joan Wallach Scott, “El problema de la invisibilidad”, Carmen Ramos Escandón (Comp.) **Género e Historia**, Antologías Universitarias, Inst. Mora, UAM, México, 1992, p.44.



soria de cuestiones como la intimidad, la sexualidad, la afectividad y la domesticidad.

La invisibilización de esas cuestiones en los relatos del hombre intelectual tiene, por supuesto, múltiples causas. Sin embargo, me detendré en dos que considero relacionadas con el mismo concepto: una concepción voluntarista del género, y su extensión como sinónimo de mujer.

En primer lugar, a pesar de que los estudios de género tienen cierta presencia en las academias locales y hay una cantidad de material bibliográfico notable, la perspectiva suele ser descartada por los que no son especialistas, o circula en una versión muy laxa. Esto es, considerar el género como un atributo que se suma a la identidad de un individuo y no como la matriz de significación y materialización en la que es producido como sujeto social.¹⁹ En este último sentido, el género adquiere el carácter de una dimensión constitutiva; razón por la cual también se resignifican aquellos aspectos que generalmente se asocian con un abordaje “de género”: intimidad, afectividad, corporalidad, sexualidad, etc. Así, tales aspectos no se explican por la elección conciente de los individuos, su singular personalidad o su voluntarismo, sino que son —como otros factores determinantes de la acción social— condiciones producidas en relaciones de poder, en escenarios a la vez constrictivos y posibilitadores, en forzada intersubjetividad.

En el caso de Ingenieros, se trataría de percibir que la problemática personal que despliega en su última carta no responde solamente a sus características singulares como subjetividad, sino a su confrontación con un mandato que se le impone y que cree que ya no puede o ya no quiere cumplir: el de padre proveedor. Ese “rol social” que él quisiera cumplir dignamente y para el que se siente, sin embargo, “en quiebra”, pesa sobre Ingenieros del mismo modo en que la falta de recursos pesa sobre la mujer que se recluye y logra escribir, o sobre la poetisa mal paga que no logra sostener a su hijo sola y, pese a todo, escribe. Su impacto es tan considerable que distan de constituir elementos accesorios o anecdóticos, sino que forman parte fundamental de las condiciones de producción intelectual.

En segundo lugar, el concepto de género ha tenido un despliegue irregular con abrumadora presencia en los abordajes sobre mujeres o problemáticas que les atañen directamente, y con mucho menor alcance, aunque en franco avance, sobre la masculinidad. Eso hace que una especie de sentido común académico pueda traducir “estudios de género” como “cosas de mujeres”. Es decir, tiende a posicionar el género como un sinónimo para “mujer” o “femenino”, y es poco proclive a relacionarlo con una perspectiva transversal que invita a repensar la constitución ineludiblemente generizada de los actores sociales.

Estas dos concepciones del concepto de género producen, a mi entender, el mencionado efecto de invisibilización con un resultado sorprendente: ¡los intelectuales varones no tienen género! O, mejor dicho, no resulta pertinente esa variable en el análisis de su obra, ni de sus condiciones materiales de producción.²⁰

Una aclaración: no intento proponer que todo abordaje desde la historia intelectual deba incorporar necesariamente una perspectiva de género. Sin embargo, sí quisiera llamar la atención sobre la importancia de visibilizar las dimensiones vitales que generalmente se soslayan en los estudios acerca de intelectuales varones, sobre la necesidad de problematizar el vínculo vida doméstica-tarea intelectual, y sobre el aporte que implica incorporarlas críticamente a las condiciones de producción de un proyecto intelectual. Un camino simple, como siempre, es ensayar otras preguntas, por ejemplo: ¿cómo vive su papel de padre un intelectual en viaje de estudios?; ¿cómo consigue diariamente las horas de silencio que exige su tarea?; ¿quién cuida a sus hijos mientras corrige su obra monumental?; etc.

En suma, esta ponencia escrita sobre las cartas amorosas de Ingenieros pretende invitar a una discusión. Espero haber sido convincente acerca de su importancia, finalmente ustedes podrán decir: “considero ilusorio” o “considero eficaz”.

¹⁹ Para un recorrido histórico-conceptual: Nelly Richard, “Género”, en Carlos Altamirano (comp.), **Términos críticos de Sociología de la Cultura**, Buenos Aires, Paidós, 2002. Para una lectura más avanzada sobre el tema: Judith Butler, **Deshacer el género**, Buenos Aires, Paidós, 2006.

²⁰ Omar Acha y Pablo Ben analizaron, hace unos años, un tramo de la obra del autor a partir del concepto de género: “La jerga de la autenticidad: relectura de José Ingenieros desde una perspectiva de género”, **Periferias**, n° 6, año 1999.